D. MIGUEL TACON.

536815

DON MIGUEL TACON.

Cuando al trazar el plan de nuestra obra nos propusimos dar á conocer por las vidas de nuestros contemporáneos célebres el estado actual de España en todo lo perteneciente al gobierno, la administracion, las ciencias, las armas y la literatura, buscamos un hombre que representase fielmente la administracion y el estado de nuestras colonias. Y como perdido el continente americano, es la isla de Cuba la mas importante de todas aquellas, los hombres que allí se han hecho célebres deben merecer un lugar en nuestra galería de contemporáneos ilustres. Poco hemos dudado para escojer entre las personas que han dirijido su gobierno una que sobresaliese entre todas por sus hazañas como militar, por sus actos como administrador, y por el brillo y lustre de su fama. Recordando la historia de Cuba en estos últimos años, advertimos el prodijioso desarrollo de su prosperidad material, y notamos que en ningun tiempo habia sido mas rápido y constante este desarrollo, que en el que don Miguel Tacon lo dirijió gobierno. Comparamos por otra parte los actos de este jeneral con los de todos sus predecesores, y hallamos que ninguno habia dado ocasion ni á mas largos elojios ni á censuras mas apasionadas: examinada mas detenidamente la historia de su mando, acabamos de persuadirnos de que su nombre es la personificacion mas exacta de nuestro sistema colonial, y de la próspera, si no feliz, situacion de nuestras colonias.

Ni somos ciegos admiradores de aquel sistema, ni nos contamos en el número de sus apasionados adversarios; pues aunque juzgándolo á la luz de los principios jenerales de economía pública y de administracion, no dudariamos en reprobarlo, mirándolo á la luz de los hechos y en las circunstancias especiales de la colonia y de la metrópoli, no podemos menos de darle nuestro asentimiento. Los que sin tener en cuenta los principios administrativos y económicos juzgaron de una manera estrecha y rutinaria el gobierno de nuestras colonias, quizá exajeraron algun tanto las dotes personales del jeneral Tacon, y el mérito innegable por otra parte de sus actos. Del mismo modo, los que prescindiendo de los hechos y de las circunstancias, y solo por principios absolutos y jenerales pretendieron juzgar del gobierno que rije en nuestras Antillas, trataron injustamente á su digno gobernador y hasta le calumniaron cuando á este falso modo de juzgar contribuian el amor propio ofendido ó los intereses personales contrariados. Tan cierto es que no deben resolverse por teorías y principios jenerales las cuestiones prácticas de gobierno y administracion, y que tampoco puede prescindirse absolutamente de estos principios sin esponerse á decidirlas con desacierto.

Pero este sistema colonial, tal cual sea, con todas sus ventajas é inconvenientes, está personificado en don Miguel Tacon. Todos los gobernadores de nuestras posesiones ultramarinas han debido conocerlo y aplicarlo, y muchos lo han conocido y aplicado en cuanto se lo permitian las circunstancias y sus dotes personales de mando, pero Tacon hizo mas: se penetró de su espíritu, comprendió su índole, su necesidad y su tendencia, y como hombre de carácter firme y de voluntad decidida, lo llevó á cabo sin consideracion á los intereses individuales perjudicados, ni á las malas pasiones desavenidas. Ni le arredraron los peligros á que necesariamente debia esponerse adoptando una nueva política, ni dió nunca oidos á los partidarios de la independencia cubana, que bajo especiosos y frívolos pretestos no cesaron de cooperar á la realizacion de sus planes, si no directamente, porque rara vez podian, indirectamente y como quien rebusca con lentitud y paciencia los esparcidos combustibles que deben producir un incendio.

Ya en los primeros años de su carrera militar, y en los mandos que ejerció en diferentes provincias de América, anunció nuestro protagonista el denuedo de sus resoluciones y el carácter firme y enérjico que desplegó en su último gobierno. Habia nacido en Cartajena á mediados de 1777. Sus padres don Miguel Tacon y Foxa, brigadier de marina, y doña Maria Francisca Rosique, le dieron una educacion esmerada cual convenia á su distinguida clase, y á su esclarecida nobleza. Destinado á la carrera militar apenas hubo concluido sus primeros estudios, fué nombrado guardia marina, en cuyo cuerpo sirvió hasta 1806, pasando por los grados de alférez de fragata, alférez de navío y teniente de fragata. Apenas comenzó sus navegaciones, tuvo ocasion de ostentar el esfuerzo de su ánimo asistiendo en el jabeque *Lebrel* á la defensa de la plaza de Oran atacada por los berberiscos en 1791; en cuyo combate llamó de tal manera la atencion de sus jefes, que fué promovido inmediatamente al grado de alférez de fragata. Al año siguiente hizo viaje á Constantinopla, y habiendo

vuelto á Aljeciras ejecutando corsos y convoyando algunos buques mercantes, asistió en la goleta *Furia* que mandaba, á un combate naval á las órdenes del jeneral del campo de San Roque. En el mismo buque habia guardado por espacio de algun tiempo las costas de Málaga protejiéndolas contra los piratas y contrabandistas que solian acercarse á ellas.

Siendo nada mas que alférez de navío, mereció la señalada honra, sin ejemplo en los anales de nuestra marina, de mandar el bergantin *Vijilante*, uno de los mejores de la armada, con otros varios buques, cuyo mando debia corresponder, segun las leyes militares, á un oficial superior al menos en dos ó tres grados al suyo. Pero tanta era la reputacion de entendido y valiente de que gozaba el jóven alférez, que sus jefes no dudaron en confiarle el mando de esta division con destino á las costas de Málaga, aunque para ello hubiesen tenido que posponer á otros oficiales de mas graduacion aunque no de tanta nombradía.

Cuando en los primeros años de este siglo despachó el gobierno patentes de corso contra los ingleses, recibió Tacon la suya aunque no hubo de hacer ninguna presa, ya fuese por la astucia y habilidad de los enemigos que evitaron todo encuentro desventajoso, ya tambien porque habiendo tenido que hacer cuarentena en Marsella, perdió muchas ocasiones de venir á las manos con ellos. Ocurrióle tambien una desgracia que estuvo á punto de inutilizarle para siempre. Habiendo dado á la vela con su bergantin en compañía de la escuadra al mando de don José Justo Salcedo, abordó en medio de la noche, y cuando la oscuridad no permitia maniobrar libremente, con el navío san Cárlos de la misma escuadra. Y fué tan violento el choque y tan considerable el daño sufrido por el *Vijilante*, que Tacon habiendo recibido en el pecho un golpe gravísimo se vió obligado á arribar á Almazarron y quedarse en tierra por espacio de muchos meses, hasta reponerse de su quebranto.

Apenas lo hubo conseguido, fué nombrado teniente coronel y gobernador militar y político de la provincia de Popayan. Corria á la sazon el año de 1806, y gobernaba en esta provincia don Diego Antonio Nieto, militar pundonoroso, pero que ora fuese por lo avanzado de sus años, ora por su carácter blando y contemplador, ora tambien por sus conexiones en el pais, carecia de la fortaleza de ánimo necesaria para mantener sometida á una provincia que tascaba con dificultad el freno de la metrópoli. El partido de la independencia nacional era allí tal vez más fuerte y numeroso que en la mayor parte de las otras provincias del Nuevo Mundo. Gobernadores débiles ó desidiosos le habian dejado tomar tal incremento, que si la insurreccion y la anarquía no se ostentaban aun en la sociedad y en los hechos, mostrábanse orgullosas y terribles en las ideas y en los espíritus. Dificil era por cierto desarraigar de aquellas cabezas el virus de esta enfermedad. A los lisonjeros planes de emancipacion y de independencia, uníanse, como suele suceder, pasiones ruines de ambicion y de venganza, que ni podian ser satisfechas sin peligro, ni menos ser reprimidas de una manera estable. Todo lo que el gobierno de la metrópoli podia hacer en América en aquellas circunstancias, suponiendo la continuacion del sistema colonial, era confiar el mando de las provincias á jefes que al valor y al denuedo de militares reuniesen la prudencia y tacto de gobernadores, y que á la firmeza y enerjía de caudillos juntasen la flexibilidad de buenos estadistas. Nuestro don Miguel reunia sin duda estas circunstancias: como militar esforzado que habia visto impávido la muerte en muchas batallas, no podian arredrarle los peligros de un gobierno donde tenia que reprimir tantos desórdenes: y como hombre de natural despejo y de una instruccion mas que mediana, tampoco carecia de la prudencia ni de la habilidad necesarias para desempeñar aquel cargo difcíil.

Gobernaba pues en Popayan corrijiendo en cuanto era posible los abusos tolerados por sus antecesores, cuando las noticias recibidas de la Península pusieron á aquel pais en la mayor alarma. Cárlos IV habia abdicado la corona; Fernando VII estaba cautivo; los franceses se habian enseñoreado de todas las capitales de la metrópoli, y la guerra entre estranjeros y nacionales habia empezado con el mayor encarnizamiento. Ninguna ocasion podia presentarse mas favorable al partido de la independencia americana. El gobierno que no podia proveer á la seguridad de su territorio, mal hubiera podido reprimir la insurreccion de tan lejanas colonias; y los vireyes y gobernadores de éstas que veian sometida al yugo frances la madre patria, tenian cuando menos poderosos motivos para desconfiar de sus esfuerzos para subyugar aquellas provincias rebeldes. No tardaron los americanos en aprovecharse de tan inesperado suceso: para negar su obediencia á las autoridades y acelerar cuanto era posible la insurreccion, se valieron de un pretesto frívolo, pero plausible en aquella circunstancia, el de acusarlas de ajentes de

Bonaparte y de estar confabuladas con la Francia para entregarle la posesion de la América. Las sociedades secretas esparcian estas voces por el pueblo; irritaban con ella los ánimos de la muchedumbre, y la exhortaban, no á sacudir el yugo de la metrópoli, sino á ponerse en defensa contra las autoridades que la habian vendido por grandes sumas á un odioso y cruel estranjero. Y aunque lo absurdo del hecho fuese motivo de que le negasen su crédito las personas sensatas, la muchedumbre apasionada é inquieta lo creyó con fe, que rayaba en entusiasmo, como cree siempre las cosas mas absurdas cuando se las aseguran sus directores y gefes.

Popayan, donde tan fuerte y numeroso se ostentaba el partido de la independencia, y que era uno de los puntos donde con más actividad se urdian estas maquinaciones, habria sido la primera provincia donde hubiera estallado la insurreccion, si el jefe que la mandaba no hubiese vijilado de cerca á los revoltosos. Así es que éstos escojieron para su primera tentativa la capital de Quito donde en setiembre de 1809 lanzaron el grito de insurreccion sorprendiendo y aprisionando á las primeras autoridades, y estableciendo una junta suprema de gobierno presidida por el marques de Selva Alegre, quien para juntar lo serio y lo ridículo en este suceso, como casi siempre acontece en los de su clase, se confirió el tratamiento de alteza serenísima.

Era el plan de los conjurados hacer cundir por todas las provincias su criminal insurreccion, valiéndose para ello de todas las personas de poder y de influjo, á quienes para identificar sus intereses con la causa del alzamiento, ofrecian grandes destinos en el gobierno central. Pero este sistema que les fué conveniente en muchos casos para comprometer en la revolucion á personas de influencia y de riqueza, desbarató en otros sus planes mejor combinados, porque no siempre el aliciente de los honores y del mando logró corromper el ánimo de los propietarios y jente acaudalada á quienes ofrecieron parte en el gobierno. Así es que como la junta suprema hubiese nombrado senador á un abogado de Popayan llamado don Ignacio Tenorio, confiándole muy secretamente que iba á despachar un estraordinario á los conjurados de esta ciudad para que prendieran á su gobernador antes de que le llegase la noticia del alzamiento, el senador improvisado no solamente se resistió á tomar parte en aquellos escándalos, sino que él mismo se apresuró á noticiarlos á Tacon, consiguiendo hacerlo muchas horas antes de la llegada del estraordinario.

Fácil es de comprender la desagradable impresion que haria en aquel celoso jefe tan triste acontecimiento. Su posicion era la más desventajosa: los sublevados tenian á su servicio numerosas tropas y una fuerza considerable de artillería, mientras que el Popayan, único punto por donde podia llegarse á la capital del vireinato no tenia mas guarnicion que una compañía de infantería compuesta de 64 plazas. Pero como sucede siempre á los hombres de ánimo, el peligro, mas bien que para arredrarle, sirvió para inspirarle fortaleza: despachó pliegos al virey, manifestándole su apurada situacion, y pidiéndole alguna fuerza con que proveer á la tranquilidad de su provincia, sin olvidar por eso el cuidado de buscárselas por sí mismo. Organizó algunas compañías de paisanos, que aunque no muy sobradas de armas y municiones, se adelantaron ácia la ciudad de Pasto, punto muy necesario de guardar en aquellas circunstancias por lo ventajoso de su situacion topográfica. El virey contestó á Tacon por el mismo correo que le habia llevado sus comunicaciones, anunciándole confidencialmente que habia dado las órdenes necesarias para que fuese auxiliado, si no con la abundancia que su situacion reclamaba, en cuanto su escasez y sus apuros se lo permitian; advirtiéndole ademas que por el primer correo le haria oficialmente las advertencias oportunas. Pero llegó el correo y ninguna comunicacion oficial ni amistosa recibió Tacon de su jefe. Advirtiéronse al punto en la ciudad síntomas de visible inquietud; cundió la alarma y con ella la noticia de que la capital quedaba entregada á la mayor ajitacion, con motivo de haberse convocado con beneplácito del virey, un cabildo abierto en que habian tenido voto un gran número de eclesiásticos, abogados y particulares de todas clases, el cual habia acordado hacer una transaccion amistosa con los rebeldes: ejemplo insigne de perfidia y de deslealtad, que si logró decidir á muchos por la causa de la independencia americana, dió á don Miguel nuevos brios para combatirla con mayor empeño.

Desconfiando los sublevados de vencer su entereza, procuraron ganársele con rendimiento: elojiaron su celo; ensalzaron su valor y sus virtudes; hicieron por persuadirle de que no era su ánimo separarse de la metrópoli, sino negar obediencia y vasallaje al intruso soberano, y hasta osaron proponerle que aceptase el grado de mariscal de

campo y el mando de las tropas revolucionarias. Pero ni un momento vaciló el pundonoroso caudillo en contestar á esta proposicion insultante: "vuestra oferta, les dijo, es una traicion declarada que rechazo y desprecio." Los cabezas del motin, que vieron contrariados sus planes y humillado su orgullo por el que mas parecia necesitar de sus favores, cobráronle implacable ojeriza, y acordaron declararle la guerra con un ejército de mas de veinte mil hombres que ya tenian á su servicio. Al punto avanzaron estas tropas, y no habian trascurrido muchos dias desde que fué desechada su propuesta, cuando se apoderó una columna de la provincia de Pastos, fronteriza al distrito de Popayan.

Pero como hubiese sospechado Tacon de que el virey habia sido inducido á aquel paso con falsas promesas de lealtad y de patriotismo, le dirijió una esposicion manifestándole que habiendo jurado la observancia de leyes de Indias, no podia reconocer otra autoridad superior á la del vireinato, ni por consiguiente dar cumplimiento á ninguna órden suya mientras no le constase que la espedia en el libre ejercicio de su mando: que iba á marchar contra los invasores de Quito, donde esperaba restablecer el lejítimo gobierno, y que en seguida pasaria á Santa Fe, cuyos naturales andaban tambien inquietos y desasosegados con las nuevas de este trastorno. Y para asegurarse de si el virey habia permanecido leal á la causa de la metrópoli alentándole en este caso á resistir á los sublevados mas vigorosamente, le acompañó con la esposicion una carta confidencial en que le esplicaba por menudo su propósito, y le persuadia de la conveniencia de dar publicidad á aquel documento para contrariar al menos por este medio las esperanzas galanas y las alegres ilusiones de los revolucionarios. El resultado de este paso vino á confirmar en breve su juicio: el virey habia sido débil y torpe, pero no desleal ni pérfido. Intimado por la amenazadora actitud del bando revoltoso, é incapaz de resistir á sus asechanzas, habia procurado evitarlas con concesiones peligrosas y con halagos indignos de un militar valiente: pusilánime y crédulo de suyo, no veia que la revolucion le acariciaba para devorarle, y que le ponia á su frente para dirijirle. Así es que, como su conducta desacertada y torpe nacia menos de lo torcido de sus intenciones que de la frajilidad de su carácter, cobró ánimo con las promesas del gobernador de Popayan, escuchó sus consejos y publicó su manifiesto.

Grande fué la desanimacion de los revolucionarios cuando este escrito vió la luz pública. Los que contaban con la decidida cooperacion del virey para llevar á cabo sus desatentados planes, facilitando de este modo la insurreccion de todo el pais, se desalentaron cobardemente cuando vieron que su jefe parecia aprobar la determinacion de un subalterno á quien habian declarado la guerra pocos dias ántes; y los que no osaron combatir la sedicion por creerla rodeada, en la apariencia al menos, del prestijio de la autoridad lejítima, lo hicieron el dia en que esta autoridad pareció negarle su apoyo, publicando y aprobando tácitamente aquella enérjica protesta. Los revoltosos entonces, sin oponerse abiertamente á la manifiesta voluntad del virey, se limitaron á contrariarla artificiosamente, ora entorpeciendo con manejos ruines y con miserables intrigas la salida de las tropas que habian de auxiliar á Tacon, ora propalando falsas y maliciosas noticias como la de que habia cundido la sedicion en los pueblos por donde habian de pasar estas tropas.

Tampoco tenia don Miguel grande confianza en los auxilios que le habia prometido el virey, pues conociendo su apurada situacion, la volubilidad de su carácter y la poca entereza de su ánimo, habria sido grande desacuerdo detener el curso de las operaciones militares hasta recibirlos. Por eso sin esperarlos mucho tiempo, se dirijió ácia la parte de su distrito, que habia sido invadida, y aunque eran, como hemos dicho, escasas y mal habilitadas sus tropas, atacó con ellas de improviso al ejército espedicionario. En América, y sobre todo en la época de que vamos hablando, no se daban batallas campales segun las reglas y principios de la estratejia, pues mal podian servir para el caso soldados poco instruidos de una parte y batallones improvisados de jente inquieta é indisciplinada de otra: cuando venian á las manos los combatientes, peleaban con valor y hasta con encarnizamiento, pero pocas veces con disciplina y con órden. Así es que el que mas lo guardaba en sus filas; el que luchaba con mas regularidad aunque fuese inferior en número, ese llevaba por lo comun la victoria. Pero aunque escasas y mal habilitadas las tropas de Tacon, eran superiores en disciplina al ejército espedicionario; de modo que apenas cruzaron sus armas, llevó el primero lo mejor de la contienda, no sin que orgulloso el enemigo de su superioridad numérica se lo disputase bastante tiempo. Las cortas fuerzas del gobierno lejítimo, derrotaron completamente las

hordas revolucionarias, y se apoderaron de su artillería y de un crecido número de armas y de pricioneros, entre ellos un tal Ascasure que era jeneral en jefe, y una multitud de oficiales superiores. Tan jeneroso entonces Tacon con el vencido, como inexorable fuera durante la batalla, dió libertad á todos los prisioneros, escepto á Ascasure y los oficiales de mas graduacion, diciéndoles que llevasen á Quito la noticia de aquel triunfo maravilloso. Pero nosotros, que respetamos como el que mas esta conducta caballeresca y jenerosa, no dudamos tampoco en calificarla de imprudente: ella hace honor al soldado y al caballero; pero no libra de cierta responsabilidad al funcionario público, á quien estaba encomendado el mas seguro reposo de una provincia entera. Cuando cundió el fuego de la insurreccion por las provincias comarcanas; cuando en el reino de Santa Fe comenzaba la misma especie de lucha, no parecia acertado ni prudente dar suelta á una multitud de prisioneros que engrosarian las filas de los revoltosos, y que ya que no sufriesen el castigo que merecian, si la guerra se prolongaba, podrian servir cuando menos de rehenes. La jenerosidad y el olvido sientan bien cuando concluida una larga y encarnizada lucha no es de presumir que vuelva á encenderse; pero no al principio de una revolucion cuando la jenerosidad se interpreta por cobardía, y por impotencia y flaqueza el olvido de las pasadas faltas.

Sin embargo, vueltos á Quito todos los indultados, correspondieron fielmente á los propósitos del vencedor, pues pintaron con tan vivos colores los desastres de su derrota, y exajeraron de tal modo el número y el valor de sus enemigos, que desalentados los jefes revolucionarios y temerosa la junta suprema del castigo que habia merecido, repusieron á las autoridades destituidas y dieron parte de este acuerdo al gobernador de Popayan, rogándole que, pues la junta habia reconocido su error y vuelto á la senda del órden, no adelantase más con sus tropas, y se volviera á su provincia. Cedió Tacon á los ruegos de la junta con la condicion de que en el término de diez dias habian de entrar en la capital las tropas auxiliares enviadas á Guayaquil por el virey del Perú, y de participarle su comandante que quedaba hecho cargo de la guarnicion sin necesidad de refuerzo. Aunque esta condicion quitaba por de pronto toda esperanza á los sublevados, no hubo de parecerles demasiado costosa; todo era para ellos preferible á provocar su propio castigo, el cual no hubiera dejado de verificarse si las tropas de Tacon hubiesen llegado á su presencia. Cumpliéronse puntualmente todas estas condiciones, y el ejército leal pudo así encaminarse á Santa Fe, donde, segun hemos dicho, la esperanza de un próximo trastorno tenia á los pueblos en continua alarma. Atravesó don Miguel las fronteras de esta provincia; y ya fuese por la fuerza moral y el prestijio que le daba su triunfo, ya por las disposiciones que tomó de acuerdo con las autoridades lejítimas, impuso miedo al partido de la independencia que tramaba, como en Quito, otro nuevo levantamiento (1).

No tenia el virey autoridad, ni fuerza, ni prestijio para desempeñar un mando tan difícil. La flaqueza de su ánimo, la cortedad de sus luces y lo estremado de su impericia habíanse mostrado suficientemente á los pueblos durante la primera sublevacion de Quito: un gobierno fuerte y previsor le habria separado sin demora, nombrando en su lugar un jefe de luces, de actividad y de entereza; pero el que á la sazon mandaba en la península era la junta central, que ocupada en el desempeño de los negocios domésticos, curábase poco ó nada de lo que sucedia en las colonias. Sin embargo, como tampoco desconociese el mismo virey su incapacidad para el mando en circunstancias tan peligrosas, delegó en el gobernador Tacon todas sus atribuciones, autorizándole para organizar y levantar tropas y permanecer en la frontera de Quito, ó entrar en ella siempre que lo juzgase necesario. De este modo, y enviando algunas tropas de su confianza que guarneciesen la capital, logró Tacon restablecer el órden en todo el vireinato, y aun lo conservó por algun tiempo á fuerza de celo, de actividad y de vijilancia.

Volvió entonces á desempeñar el mando el antiguo virey don Antonio Amar, quien escarmentado sin duda con el papel miserable que le habian hecho representar en el levantamiento, quiso rehabilitar su prestijio desprendiéndose de toda estraña influencia, corrijiendo abusos envejecidos entre los altos funcionarios públicos, y tomando otras disposiciones que perjudicaban algunos intereses privados, y que ofendian el orgullo de muchas personas de poder y de crédito en la república. Esta conducta, que tanto contrastaba con la que habia seguido en el anterior trastorno, hubo de concitarle la enemistad de estas personas influyentes, hasta el punto de dar pretesto á una

---

(1) Cuando las córtes tuvieron noticia de esta victoria, declararon á Tacon benemérito de la patria.

conjuracion que estuvo á punto de hacerle perder el gobierno.

No se necesitaba mucho ciertamente para hacer ver la incapacidad del virey, y lograr que se conjuraran contra él los que le consideraban sin fuerza ni prestijio para el mando. Era precisa toda la lealtad de Tacon para acatar y defender á un jefe que abandonó las riendas del gobierno en los momentos del peligro, y que no se atrevió á volver á empuñarlas sino cuando otro se las puso en sus manos despues de pasado el riesgo. Esta consideracion no disculpa ni justifica á los conspiradores, pero atenúa cuando menos su falta; y si motivos de personal interes pudo guiar sus cálculos, razones de utilidad y conveniencia pública apoyaban en apariencia su propósito.

Los últimos sucesos de Quito dieron ocasion á esta nueva especie de descontentos para realizar sus planes sediciosos. Algunos ministros de la audiencia pretorial, entre los cuales hacia cabeza uno á quien el virey habia deportado como cómplice de los revolucionarios, le acusaron públicamente por la representacion que habia publicado del gobernador de Popayan, y por la aparente intimacion que en ella se le hacia de no obedecer sus órdenes bajo pretesto de no haber sido dictadas en el libre ejercicio de su mando. Y aunque este cargo no hubiera sido nunca suficiente para capitularle, habria desaparecido hasta en el concepto de los mas meticulosos si se hubiera dado publicidad á la carta que acompañaba á aquel documento. Empero, los conjurados, que ó no sabian esta circunstancia, ó afectaban ignorarla, axajeraron contra el virey el cargo de flaqueza, hiciéronle otros, de los cuales nadie en verdad podia justificarle; y creyendo la ocasion oportuna, acordaron sijilosamente deponerle del mando. Para dar cumplimiento á este propósito, buscaron un jefe de prestijio, que por sus buenas prendas, por su firmeza y por su denuedo reemplazase dignamente al anciano virey. Fijaron la vista en Tacon; mas necesitando asegurarse antes de su anuencia, elijieron con el mayor secreto un comisionado, persona de mucha nota en el pais, y que concurria con frecuensia á casa del virey, para que sin conocimiento ni pasaporte de éste pasara á Popayan; manifestára á su gobernador el motivo que obligaba á los conjurados á acometer aquella empresa, al parecer violenta y peligrosa, y supiera de él mismo si se hallaba dispuesto á recibir el mando. Sin duda la jente murmuradora y maliciosa no habria creido al gobernador de Popayan estraño á esta maquinacion, si su conducta un poco rigurosa con el mensajero no le hubiera justificado de toda sospecha. En efecto, cuando oyó las propuestas de los sediciosos ó no manifestó acojerla ni desecharla, pero entretuvo al comisionado con diferentes pretestos, y participó al virey la intriga que se tramaba contra él, reservando no obstante el nombre de la persona por quien habia tenido la noticia. El virey pudo con este aviso impedir el trastorno; desterró de sus estados á muchas personas sospechosas, y aseguró por algun tiempo la tranquilidad pública.

La rejencia provisional tan poco versada en negocios de gobierno y con especialidad en los pertenecientes á las colonias, creyó imposible restablecer el órden en Quito y Santa Fe cuando tuvo noticia de su levantamiento; y ya fuese por esta conviccion un poco aventurada sin duda, ó ya porque juzgando impolítico el sistema de gobierno que rejia en las colonias quisiese allanar la senda que debia conducirle á reformarle, nombré dos comisionados que, cual nuncios de paz y portadores de dicha y de ventura, se entendiesen con los sublevados; les ofreciesen en cambio de su sumision derechos políticos y garantías constitucionales, y modificasen hasta cierto punto la política inflexible y severa de sus gobernadores y vireyes. Y como si las ventajas ofrecidas no fuesen prenda bastante segura de la consecucion del éxito, nombró comisionados réjios con aquel encargo especial á don Antonio Villavicencio, natural del pais, unido por relaciones de parentesco con las principales familias de Santa Fe, y grande soñador de libertades públicas y de derechos imprescriptibles de soberanía; y á don Cárlos Montufar, hijo del marques de Selva Alegre, que segun se ha dicho fué el presidente de la junta revolucionaria, y no menos dado que su compañero á las utopias de independencia, ni menos interesado que él en dar pábulo á la insurrecion contra la metrópoli.

Apenas desembarcaron en Cartajena estos embajadores desleales, convirtiéronse, de ajentes del gobierno que eran, en enemigos declarados de su autoridad y en apóstoles de la insurreccion americana. Parecióles poco transijir con los revoltosos en nombre de la metrópoli, concediendo ventajas perjudiciales á enemigos que estaban ya humillados; y renovando la herida que apenas comenzaba á cicatrizarse, alentaron á los insurjentes, depusieron al gobernador de Marena, y vengaron con horrible perfidia á los conspiradores que poco antes habian sido tratados con tanta blandura. No fué menos escandalosa ni desleal su conducta en su

tránsito hasta el vireinato: su presencia en cada pueblo era señal ó de una revolucion cercana, ó de que los sediciosos debian reunirse en aquel lugar para tratar en union con ellos sobre la manera de verificarla. Tacon que se hallaba por este tiempo en la frontera de Quito y tuvo noticia de la conducta pérfida de los mensajeros, dió parte al virey aconsejándole que los prendiera y enviara á la península, puesto que no habia podido ser la intencion del gobierno que sus propios ajentes hiciesen sublevaciones en contra suya. Pero el virey en esta como en otras ocasiones, no pudo prescindir ni de la cortedad de sus alcances, ni de la frajilidad de su ánimo; y temeroso de incurrir en la desgracia del gobierno supremo, recibió á los comisionados con grande agasajo y sin ser cómplice de sus proyectos, les facilitó torpemente el camino de realizarlos. Ellos que por su parte no desperdiciaban ninguna ocasion de llevarlo á cabo, no tardaron en desembarazarse de la autoridad del virey; y como si semejante injuria no fuese por sí misma bastante notoria, quisieron darle toda la solemnidad posible poniendo con un par de grillos en la cárcel pública al que pocos momentos antes habria podido castigarles severamente. El populacho de Quito contempló entonces con escarnio á la primera autoridad del vireinato, al representante mas autorizado del gobierno lejítimo asomado á las ventanas de la cárcel como el mas furioso delincuente, víctima así de su imprevision como de la perfidia del partido revolucionario.

Mientras esto sucedia en la capital, estallaba en Popayan una insurreccion cuyos directores y jefes aguardaban solo la llegada del comisionado Montufar para establecer el nuevo réjimen. Hállabase el gobernador en la frontera segun dijimos, sin noticia alguna de lo que pasaba en la capital; pero apenas hubo sabido la sublevacion de la suya, marchó ácia ella precipitadamente sin que fueran parte á detenerlo el peligro que verdaderamente corria entrándose en medio de los revoltosos, ni las súplicas de sus afectos y amigos, que recelando que la insurreccion del Popayan era inevitable, no querian dejarle partir temerosos de que corriera la suerte del virey. Pero Tacon inflexible como siempre en el exacto cumplimiento de sus deberes, ni consideró su peligro, ni escuchó estos consejos deseoso de llegar á Popayan antes que el comisionado Montufar. No pudo sin embargo conseguirlo, y así es que habiéndosele anticipado éste cerca de veinticuatro horas, púsose de acuerdo con los directores del levantamiento para encerrar las tropas en sus cuarteles al mando de jefes de su devocion, y preparar todo lo conveniente para atacar y prender al gobernador en su propia casa. Apenas hubo llegado este á ella, presentósele el comisionado anunciándole que tenia que comunicarle las órdenes del gobierno en virtud de sus réjias facultades. Díjole que sus poderes alcanzaban para hacer en aquel pais cuantas innovaciones estimase oportunas á la tranquilidad y sosiego de sus habitantes; y ocultándole por de pronto los proyectos hostiles que llevaba contra su persona, dejóle sin embargo entrever que su resolucion era decidida, y que estaba pronto á resistir cuantos obstáculos se le opusieran para ejecutarla. Pero como Tacon no supiese en aquel momento el estado de los insurjentes, ni los progresos que de sus últimas noticias habia podido hacer la sedicion, quiso tomarse algun tiempo para averiguarlo y mandó á Montufar que volviese dentro de dos horas. Durante este tiempo indagó los planes de los conjurados; supo que estaba acordado prenderle; sacar las tropas de los cuarteles, y establecer en seguida el gobierno revolucionario. Mas para esto no se contaba en nada con la masa jeneral de la poblacion, que como adicta que era á la metrópoli, envió diputados uno por cada barrio al gobernador, manifestándole que estaba dispuesta á acudir á su llamamiento, siempre que la considerase necesaria para sostener la fuerza de su autoridad y el imperio de las leyes. Este leal comportamiento inspiró á don Miguel grande confianza y le alentó á desbaratar el plan de los insurjentes.

Pasado el término convenido, presentósele el comisionado, quién empezando por manifestarle una aficion mentirosa, y por ponderarle las amplias facultades que le habia encomendado la rejencia, le mostró la posibilidad y su deseo de que ambos procediesen de acuerdo en un negocio tan grave y delicado como lo era mejorar la situacion de aquella colonia, y tranquilizar los ánimos inquietos todavia desde las últimas revueltas. Rogóle Tacon que le mostrase aquellos poderes; escusóse él diciendo que no los traia consigo, pero ofreciendo manifestarlos al dia siguiente por creer sin duda que lo prenderia en aquella noche. El gobernador entonces le habló con toda franqueza; hízole ver que en vano trataba de alucinarle; que tenia noticias de la conducta que habia observado desde su llegada á Cartajena, y que no estaba menos instruido de los planes cuya ejecucion se reservaba para aquella misma noche.—"Tenga usted enten-

dido, concluyó, que esa tropa con que usted y los suyos cuentan para llevar á cabo sus maquinaciones, al recibir la órden de hacer fuego contra el gobernador, lo harán sobre usted y sobre sus secuaces. Usted mismo será la primera víctima de su propia perfidia." Aterrado y absorto quedó Montufar con esta franca y enérjica respuesta: él, que se habia visto obedecido y agasajado por un virey, no esperaba ciertamente ser ofendido y contrariado por un simple gobernador de provincia; él, que tenia en estrechas prisiones al jefe del vireinato, no aguardaba ser tratado de aquella manera por uno de sus subalternos. Así es que, fuese por verdadero arrepentimiento ó porque conviniera á sus planes cambiar de táctica, confesó á su contendor que aunque el bien de la patria habia sido su único norte, conocia haber procedido con desacierto en cuanto él acababa de censurarle; ofrecióle no tomar disposicion alguna sin su acuerdo y espreso consentimiento, y le descubrió mucha parte del plan de los insurjentes. Estraña hubo de parecer á Tacon esta repentina mudanza, pues no era natural que sus razones hubieran convencido tan fácilmente á un hombre á quien la ambicion, sus compromisos y hasta sus opiniones llevaban al bando revolucionario. Pero aunque no creyese en ella, hubo al parecer de aceptarla y dejó partir á Montufar sin tomar contra él las precauciones que en circunstancias tan críticas aconseja la prudencia. Apenas hubo salido aquel de la sala, retrocedió sorprendido de hallar los corredores, la escalera y el portal de la casa inundados de jente del pueblo que armada con diferentes clases de armas habia acudido á saber el resultado de la entrevista y á reprimir, si necesario fuera, con la violencia una traicion semejante á la cometida con el virey. Pero el gobernador que habia sido jeneroso con Montufar, no impidiéndole que volviera á conspirar contra su persona, llevó aun mas adelante su jenerosidad, acompañándole hasta la distancia conveniente, á fin de evitarle los insultos del populacho. La inesperada resolucion de Tacon y la imponente actitud que habia tomado el pueblo, desconcertaron por de pronto los planes revolucionarios: y aunque las tropas permanecieron en sus cuarteles, la ciudad quedó en apariencia tranquila.

(Continuará.)

HORAS SERIAS DE UN JOVEN.

III.

EL PLACER.

¡Ay del jóven que se deja seducir por el halago del deleite, y cuya alma vuela en pos del placer, como revolotea la mariposa en torno de la luz cuyo brillo la atrae! En él dejará sus alas, despues de lo cual, no pudiendo ya volar ni posarse sobre aquellos hermosos y santos pensamientos que florecen en los sitios donde Dios mora con sus ánjeles, rastreará como el gusano, arrastrándose tardamente sobre los pensamientos y las esperanzas de la tierra.

El placer llama á la puerta del corazon, pero nunca entra en él: arma gran ruido y confusion en derredor del alma cuyas avenidas le son accesibles, pero nunca penetra en el íntimo santuario donde se refujian aquellas puras y santas satisfacciones que no desgarra la aguda espina del remordimiento, y donde se efectúan, lejos de las miradas de los hombres, á la vista de Dios y de sus ánjeles, los inefables misterios de la felicidad. Esta es la causa por que el corazon está más vacio y más hambriento despues del goce de lo que lo estaba antes de él. ¿Cómo podria el placer llenarle y hartarle? El hombre no se sustenta sino de lo que introduce en su sér para asimilárselo, y jamas, haga lo que haga, podrá dar entrada al placer en su corazon, porque éste necesita alimentos menos groseros, acostumbrado como lo está á nutrirse de Dios, de su verdad y de su amor.

Los sentidos son los órganos del placer: el alma es el de la alegria y felicidad. El placer ajita y dispersa los sentidos y se esfuerza por atraer á ellos el alma, donde le está vedado entrar: no hay especie de seducciones ni de artificios que no emplee para conseguir su objeto; y si el alma, cediendo al halago que le brinda, sale del santuario en que la ha colocado Dios para que habite allí en la serenidad y el reposo, la esparrama en los sentidos y la disuelve ó la ahoga en ellos.

¿Habeis reflexionado detenidamente alguna vez sobre la naturaleza y los efectos del placer? ¿Habeis tratado alguna vez de analizar sus elementos ó de estudiar en cierto modo su historia? Esta historia, vedla aquí en pocas palabras: se le espera ó se le desea con inquietud y ansiedad: se go-

za de él aceleradamente, como si quisiera uno sacudirse de encima una carga, ó como si se sintiera impaciente por salir de una posicion incómoda y forzada; luego, apenas se le ha gozado, se siente su amargura y entra el arrepentimiento de haber acercado los labios á la copa de sus envenenados goces. Encerrado entre la angustia y el remordimiento, el momento de satisfaccion que proporciona es tan breve, tan fugaz, que la mente no puede cojerle al vuelo: menos tarda la nieve en derretirse bajo los calientes rayos de un sol de verano, que el placer en disiparse bajo el fuego de los ardientes apetitos del corazon humano. De esos goces que con tanta vehemencia habeis deseado, y que tan rápidamente se han deslizado sobre la superficie de vuestra alma, solo una cosa os queda, el remordimiento, así como no queda de la flor que se nos ha ajado entre los dedos mas que la espina.

¡Oh cuán cara pagareis la satisfaccion que habeis buscado! El remordimiento se quedará clavado en vuestro corazon como el dardo en la herida, y os desgarrará y os hará sufrir atroces dolores. Os volvereis de todos lados buscando el reposo y no le hallareis jamas: vuestro pobre corazon herido y manando sangre, no sabrá donde posarse, y vosotros mismos os admirareis de que un goce tan breve haya podido dejaros tan largos dolores, y de que un placer tan fujitivo pueda ser causa de tan tenaces amarguras. Y si no probais esos tormentos, que anuncian por lo menos un resto de vida en el que los sufre, no os sustraereis ciertamente á aquellos tedios, á aquella vaga desazon, á aquel embotamiento de todas las potencias del alma, indicio demasiado seguro del inmenso vacio que han labrado los placeres en vuestro corazon y del golpe mortal que le han asestado! Porque, al fin y al cabo, mas vale la agonía que la muerte; mas vale el desasosiego de un corazon que lucha y se afana por retener la última chispa de vida que le queda, que el triste reposo de la tumba.

Y ademas, decidme, ¿no habeis pensado nunca cuán insigne cobardia es en el hombre tender muellemente su alma en el goce como en un lecho, y dejarla allí dormitar en el olvido de sus mas sagrados deberes y de sus mas nobles prerogativas? Porque en fin, alguna diferencia debe mediar entre el hombre que come el pan de los ánjeles y el animal que pace la yerba de los prados. ¿Sabeis que sois un poco menos solamente que los ánjeles á quienes Dios ha coronado de gloria y de grandeza, y que os ha establecido sobre las obras de sus manos? ¿Querriais, desconociendo vuestro orijen y vuestra dignidad, rebajar vuestra naturaleza al nivel de la del bruto, y ser á los ojos de Dios como el cuadrúpedo que no tiene intelijencia? El deber es lo que distingue al hombre del animal: el primero obedece á un deber, el segundo, cede á un atractivo ó busca un goce, y siempre que en vuestras acciones os dejais arrastrar por el halago de un placer que os seduce, renunciais á vuestra dignidad de criatura intelijente; abdicais la corona de gloria con que ha ceñido Dios vuestras sienes, y os confundis en cierto modo con la turba de los animales cuyos ojos están fijos en la tierra.

Desgraciadamente el halago de los placeres descarria todos los dias muchas almas que llevaban en su seno el jérmen de las mas preciosas virtudes y de las mas nobles prendas. El placer quita á la voluntad toda su enerjia; á la intelijencia su vigor y su claridad; al corazon su frescura y su gracia; al carácter su constancia y su virilidad: hace á los sentidos lánguidos y perezosos, y en breve reduce todas las facultades á una desesperada apatía y á una irremediable impotencia.

He aquí lo que vuestra razon seriamente consultada os dirá acerca del placer: he aquí ahora lo que os dirá la fe, si la interrogais con un sincero deseo de que os responda la verdad. Ella os dirá que el desenfrenado amor al placer aniquila la redencion de Jesucristo, y es como una amarga befa de su pasion, de su cruz y de su muerte. Cojed, digámoslo asi, la vida del Redentor, su doctrina, sus preceptos, sus consejos, sus hechos y sus palabras; esprimidlos en todos sentidos, y no sacareis de ellos otra cosa mas que el sacrificio, la abnegacion y la caridad. Pasar la vida, como lo hacen desgraciadamente tantos hombres, en la sed de los placeres de la tierra y en un desordenado apego á las delicias sensuales, es jugar en cierto modo al pié de la cruz de Cristo; es bailar sobre su sepultura: es acusar al Evanjelio de falacia, y desgarrar una á una sus inspiradas pájinas.

Es ademas un error, ó mas bien, una insensatez creer que se pueden hallar verdaderos goces buscándolos en el olvido de Dios. No necesito mas prueba de ello que esa perpetua ajitacion; ese inútil anhelo con que vuelan los apasionados al mundo de placer en placer; ese cansancio y ese desfallecimiento que se apoderan de ellos cuando al cabo de largos rodeos se ven mas distantes todavia del término de lo que lo estaban al principio; ese aumento de deseos que el goce irrita ó despierta en vez de satisfacerlos ó acallarlos; esa indijencia de talento,

esa penuria de sensibilidad que aumentan á medida que se conceden nuevos goces. El corazon que se apacienta de placeres, nunca dice basta. Siente el hastío, pero no la hartura; é impelido por no sé qué fatal obcecamiento, busca una distraccion á sus tristes fastidios en las cosas mismas que los han causado, semejante á aquellos enfermos á quienes devora el ardor de la fiebre, y cuya sed aumenta á medida que mas beben. Y es porque Dios nos ha hecho para él, y de tal suerte ha conformado nuestro corazon al destino que queria darle, que se ajita y se inquieta, como necesariamente, hasta que ha alcanzado el fin que le atrae y le arrastra.

Interrogad á esos pobres esclavos del mundo, que encubren, bajo las apariencias del placer y de la felicidad, los negros cuidados y los continuos desvelos que les punzan; descended al fondo de su vida, cuya superficie es tan tersa y tan brillante, y en él hallareis abismos de dolor. Quitad de encima de su alma ese aceite y ese barniz engañadores que á cada instante renuevan, para ostentar á los ojos del mundo la apariencia del contento, y descubrireis en ella la mancha del vicio y la indeleble huella de los pesares de que es orijen. Vosotros no sabeis, ¡oh jóvenes! y no podeis comprender todavia hasta que punto se venga Dios de los que le abandonan, y como llena de dolores el alma que está vacia de él. ¡Oh! no les envidieis esas suntuosas comidas en que ahogan su alma; esas espléndidas fiestas en que parece que quieren apurar de un trago la copa de los placeres, porque no sabeis á qué precio tienen luego que pagar los breves momentos de embriaguez que han pasado en ellas.

Siempre que veais á un hombre darse mucha prisa á gozar, podeis estar seguros de que tiene en su alma alguna profunda herida ó algun fatigoso tedio de que procura distraerse. Cuando le veais empeñarse en cierto modo en olvidar su vida, estad seguros de que tiene algun doloroso pensamiento ó algun amargo recuerdo que olvidar. Si se afana por perderse á sí propio de vista, es porque está mal consigo mismo, y porque tiene necesidad de salir de su propio corazon, como sale un preso de su calabozo para tomar un poco de aire, y dar treguas á la desazon que le aqueja. No son los felices, sino los aburridos, los que van á pedir al mundo consuelos y olvidos: no los que están repletos, sino los que están vacíos, los que van á abrir su alma bajo esos embriagantes raudales que el mundo vierte á su rededor. Los desgraciados y los aburridos hacen como el enfermo; buscan distracciones, ilusiones y olvido, porque le es insoportable al hombre hallarse perpetuamente en presencia de un mustio y fatigoso tedio, ó de un amargo é inquieto remordimiento.

Recordad las verdaderas alegrias que habeis disfrutado, y vereis que, lejos de impulsaros fuera de vosotros mismos, os producian un efecto enteramente contrario. Sentíais la necesidad de estar solos, para gozar en silencio de toda la felicidad que inundaba vuestra alma; evitábais las importunas miradas de los estraños, y no queríais por testigos de las puras alegrias que se alzaban en vuestra alma mas que á aquellos que podian comprenderlas y dividirlas. Pero cuando el pecado ha depositado en el fondo de vuestra conciencia un dolor ò un remordimiento, en el instante mismo habeis sentido un no sé qué que os ahuyentaba fuera de vosotros mismos, y os echaba como á la aventura, sobre todo lo que distrae y disipa. Entonces nesesitábais el mundo con sus seducciones, sus placeres, sus pompas, sus vanidades y sus fiestas. No teniendo ya el corazon en la mano, escapábaseos á cada instante para correr como un furioso en pos de aquellas brillantes miserias que el mundo hace relucir á los ojos de aquellos á quienes quiere engañar. Apenas bastaban entonces todos aquellos halagos para atraeros fuera de vuestro corazon y y desembarazaros de la triste compañia de aquellos fastidios que os devoraban y de aquellos remordimientos que os roian.

El bullicio del mundo no es bueno sino para los que tienen algo que olvidar; es insoportable para los que llevan en su alma alguna de aquellas santas alegrias que quisieramos saborear perpetuamente, y de las que tememos apartarnos por un solo instante, de miedo de que se desvanezcan ó se atenúen: esta es la razon por qué el mundo y sus placeres inspiran tanto hastio á las almas que se dan á Dios. La piedad les dá una plenitud tal de contentamiento y de felicidad, que ya no pueden contener mas: una alegria más haria rebosar aquella agua viva que brota perpetuamente en ellas. ¿Qué irian á buscar en el mundo? Nada les falta; tienen conque regocijar y santificar á las otras, despues de haberse regocijado y santificado á sí mismas. El sentimiento íntimo de esta abundancia y de esta plenitud es lo que hacia decir á David: *Que un dia pasado en la casa del Señor vale mas que mil dias pasados en cualquiera otra parte.* Aquellas grandes y santas alegrias que caen del Cielo en el alma, puras y límpidas como la fuente de donde manan, destruyen para siempre

el gusto de esos placeres facticios, que semejantes á aguas estancadas y cenagosas, no pueden ni apagar la sed, ni purificar el corazon, y que antes por el contrario le manchan y le corrompen.

Amad á Dios, y el mundo os parecerá insípido; practicad la virtud, haced el bien; y todas esas miserias á que dá el mundo tanta importancia, perderán en breve todo su atractivo para vosotros, porque solo las intelijencias vacias y los corazones agotados van á nutrirse de esos restos de felicidad que el mundo arroja con desden á sus esclavos y y á sus mendigos.

JOVELLANOS Y LA SOBERANIA.

Una nacion, pues, tiene dentro de sí misma todos los medios de conservacion y perfeccion; y jamas su destino puede encadenarse con fórmulas esteriores de accion que de suyo son eminentemente variables, como que se acomodan á las circunstancias pasajeras que constantemente envuelven su existencia. Ella lleva en su seno un principio de intelijencia y de accion, adaptable á todo jénero de circunstancias, y encargado de conducir y administrar la vida de la sociedad á traves de los escollos de todo jénero de que está sembrada la carrera que tiene que recorrer. Porque una nacion haya estado ciento ó doscientos años sometida al principio monárquico, no se sigue que lo haya de estar siempre. El tiempo rodea las cosas y las instituciones de una aureola de prestijio y veneracion; pero no les dá, sino les quita vida, pues á la larga no hay fuerza que resista su accion lenta y constante; y de aquí esa necesidad en la sociedad humana de rejuvenecerse, pues que al fin ella es la que debe usar y gastar las formas por donde va deslizándose su existencia, y no las formas las que han de usar y gastar la sociedad. Una dinastía puede acabar ó dejar de estar en armonia con la sociedad á que preside: la monarquía puede, en una palabra, faltar á la sociedad; y no seria razonable condenar á ésta á la última sentencia, solo porque habia cesado una de las infinitas posibles combinaciones de gobierno: lo mismo decimos de todas las demas.

Pero ¿qué poder estraño seria capaz de limitar la soberania nacional, esto es, el derecho, el poder que toda nacion tiene de disfrutar su existencia y por consiguiente su independencia y libertad? Hay individuos y naciones en cuya frente parece haber escrito la Providencia una mision augusta de superioridad y direccion, y á quienes parece decirles: "marchad delante de mis pueblos, yo os los confio."—Hay otras á quienes se les ha confiado la infancia y educacion de otros pueblos renuevos suyos que Dios ha hecho nacer á su lado. Estas tales pueden con justicia ejercer sobre los pueblos sometidos, ó una tutela que no obste á la soberania de éstos, ó la misma soberania si la naturaleza de su mision lo exijiere. Pero nada hay de perpetuo é irrevocable en estos cargos y en estas facultades. Cuando un individuo ó una nacion han cumplido la tarea que les estaba asignada, desaparecen inmediatamente de la escena, y nada queda de ellos que sea capaz de turbar el nuevo estado de cosas, que ellos han cooperado á producir. Nada de derechos perpetuos sobre la sociedad humana: la muerte que pone un termino á las existencias físicas, ocasionando una vacante en el universo, que deberá ser reemplazada por un nuevo ser, pone igualmente término á los hombres y á las naciones, arrancándoles todo derecho de mezclarse en el movimiento de la vida, y no respetando sino el producto de su trabajo, el cual va á perderse y sufrir infinitas modificaciones en medio del torbellino de la actividad universal. Así pues, las naciones tienen derecho á su independencia y soberania, á menos que las necesidades de su posicion, el desarrollo ulterior de sus destinos, no exijan el sacrificio momentáneo de estas preciosas facultades.

Pero una vez ejercitado por la nacion el derecho de constituirse, ¿será cierto que se ate las manos por alterar su obra y que tenga que respetar el yugo que ella misma se ha impuesto? Parece que así debe ser; y que puesto que este derecho no puede ejercitarse con frecuencia, ha de ser preciso respetar el edificio levantado, so pena de quedarse al descubierto; pero no podemos concebir como el gobierno pueda tener derechos propiamente tales contra el pueblo. Mientras dure la voluntad nacional de conservar tal forma de gobierno, estamos en que los gobernantes han de tener derecho á que se les cumpla con las condiciones de su encargo; y mas bien que derecho, hay aquí una precision de parte del pueblo de ser consiguiente consigo mismo; pero si falta esta voluntad que es la que anima y sostiene el supuesto contrato, ¿quién podrá probar que queden en pié los derechos y las obligaciones del gobierno? Porque éste en todo caso, no tanto estipula para sí, como acepta las

condiciones que le han sido impuestas; estipula, en una palabra, los medios de una accion requerida por el público, y que debe ordenarse á su beneficio. Si pues el pueblo le dispensa de esta accion, de este servicio (como tiene arbitrio de hacerlo, pues que no se trata sino de sus propios intereses), claro es que falta el supuesto de dichos derechos y obligaciones. Otra cosa es que el pueblo deba por su propio interes consolidar la obra de sus manos, y aumentar la fuerza de la constitucion como el único medio de que produzca los efectos intentados; pues lo que aquí se cuestiona es si una vez mudada definitivamente su voluntad, podrá ser detenido en sus proyectos de reforma por la consideracion de los derechos que el antiguo órden de cosas pudo crear.

Por último, y siguiendo la idea de Jovellanos, que encuentra en la nocion de la soberania el anuncio de un poder relativo, diremos que en nuestro concepto no debe aplicarse este título á ninguno de los poderes constituidos ni á la suma de ellos, sino á ese otro poder supremo y como providencial que reside en el fondo de toda sociedad; que crea y conserva la constitucion, ó la aniquila con solo retirarle el soplo de vida de su aprobacion y de su voluntad; poder del cual ni el tiempo, ni el descuido, ni la ignorancia, ni la fuerza pueden despojar á las naciones, ni ellas pueden despojarse á sí mismas, segun la bella espresion de nuestro autor. Si á los monarcas se les ha dado el título de *soberanos*, ha sido mas bien por adularles que por que todos lo mereciesen; y en realidad solo lo han llevado justamente aquellos seres privilejiados, que habiendo sido enviados en grandes y críticos momentos para marchar á la cabeza de las naciones, les han impreso un movimiento decisivo y duradero, y han administrado dignamente ese sublime depósito de la soberania, que la Providencia solo confia á sus predilectos y en ocasiones señaladas. Concluirémos con protestar de nuevo nuestra admiracion y respeto por las virtudes y talento, por los servicios y padecimientos de nuestro insigne autor, llamado sin duda á ocupar en la posteridad, que ya para él comienza, el puesto de honor concedido á las intelijencias elevadas, á las almas grandes, que la prueba de la tentacion y del infortunio depuró, y que se consagraron sinceramente al servicio de la humanidad.

L. M. del Rivero.

PAMPLONA Y ELIZONDO.

NOVELA

POR CAMPO ALANGE.

I.

La jente hervia en el glacis de la ciudadela de Pamplona y en los alrededores de la deliciosa *Taconera*, contemplando con admiracion el porte marcial y la franca alegria de los soldados de una brigada que salia al encuentro de las bandas rebeldes. El sol brillaba con todo el esplendor de que es susceptible en una mañana de mayo, quebrándose en mil reflejos sobre el acero bruñido de las armas, y derramando sobre toda la naturaleza ese vapor trasparente y dorado que solo se ve en los climas meridionales. Las músicas militares, á que por momentos se unian los tambores y clarines, completaban el prestijio de este espectáculo.

Veíanse entre los curiosos, personas de todas condiciones, sexos y edades, fisonomías animadas á la verdad de bien opuestos sentimientos. Brillaba en unas la alegria mas sincera; en otras se notaba una frialdad no disimulada, y en no pocas, especialmente en la jente vestida de negro y en el populacho, se divisaba á veces una sonrisa irónica, que un observador algo sagaz hubiera podido interpretar de este modo: "Bellos uniformes, ¡vive Dios! lucidas armas, que vendrian de molde. . . . : pero no hay cuidado, con algunas se quedarán, y puede que algun dia. . . . "

Junto á la puerta de san Nicolas, en medio de un negro y tormentoso mar de apiñadas cabezas, descollaba, como un pequeño promontorio, un coche de asaz anticuada estructura, que contenia cinco personas (mas bien diriamos cuatro y media), cuyos trajes y modales revelaban una existencia, si no brillante, al menos algo mas que regular. Una señora como de cuarenta años, de facciones en estremo dulces y respirando mansedumbre, con un sombrero amarillo de tamaño algun tanto exajerado y de forma aplastada, por el estilo de una inmensa visera, ocupaba el lado derecho del testero. En el otro estaba una jóven que no habria cumplido aun cuatro lustros, de facciones no menos dulces que su madre, aunque no de una exacta regularidad, vestida con mucho gusto, y elegantemente prendida en la cabeza una mantilla blanca. Al vidrio, en frente de ella, un jóven de veinticinco ó veintiseis años, con unos bigotitos sumamente recortados y perfilados de cada la-

do de la nariz, en guisa de dos pinceles; el pelo rizado y el sombrero montado á caballo en la oreja derecha. El cuarto asiento, y aun algo mas de lo que en buena reparticion le cabia, lo llenaba un caballero de alta estatura, vientre henchido, cabeza pequeña, calva y redonda como una manzana, carrillos abultados y cubiertos de un brillante barniz de color bermejo y recortados por el cuello duro y almidonado de la camisa, que, de cada lado, pasando con dificultad por debajo de las orejas, se lanzaba como dos murallas hasta los confines de la boca. Este buen señor, símbolo parlante de la buena vida, tenia entre sus piernas al quinto personaje, que dijimos podria calificarse de medio, á saber, un niño de diez años, que de pié al lado de la portezuela, se entretenia en hacer el ejercicio con el baston del respetable caballero, amenazando á cada paso sus ojos con la punta, é hincando con frecuencia los agudísimos codos en el vientre algo protuberante en que en todas sus evoluciones tropezaban, con visible desazon del buen señor.

Pasaron primero dos batallones de la guardia; luego dos del ejército, la artillería, los bagajes, y finalmente alguna caballeria y un batallon de infanteria lijera.

Al llegar este último, el niño, que hasta entonces no habia hecho otra cosa que hostilizar el vientre de su tio (que tal era) y tocar la trompeta en un cucurucho de papel, cuadrándose con una imponente seriedad siempre que pasaba algun jefe, esclamó, interrumpiendo de repente su música militar: ¡Ay mamá, allí viene don Eduardo! Dime: ¿es cierto que se va?

—Sí, hijo mio, contestó la señora que ya conocemos: y en verdad que es una calaverada, porque aun no está completamente restablecido de su herida, y el dia menos pensado va á tener que quedarse en un lugarcillo cualquiera, ó en una miserable borda (1). Pero estos muchachos tienen las cabezas como molinos de viento, tan pronto jiran á un lado como á otro, tan pronto dicen sí como no. . . .

—¿Pero no te estarás quieto, Perico?—prorumpió con impaciencia el colosal caballero, á quien hacian sudar copiosamente las involuntarias hostilidades del muchacho. . . .

La señora prosiguió:—Aun no hace una semana que Eduardo me dijo positivamente que todavía permaneceria en Pamplona por lo menos un mes, que es lo que, segun el cirujano, necesitaba para curarse enteramente: pero al dia siguiente supe que ya estaba haciendo preparativos de viaje. Yo no puedo adivinar cual haya sido la causa de tan repentina mudanza.—La jóven se puso sumamente encendida.—La madre continuó:—Me lisonjeo de que no podrá quejarse del trato que en nuestra casa ha recibido, porque aunque hubiese sido hijo mio, es bien seguro que no hubiéramos hecho mas. Eso sí, el pobre jóven lo merece todo. ¿Te acuerdas, Isabel, del estado en que llegó; pálido, cubierto de sangre y sin fuerzas siquiera para hablar?—

La jóven no contestó: bajó los ojos, y un instante despues los levantó ácia su vecino del vidrio, dirijiéndole una mirada que queria decir algo, pero cuyo sentido no era fácil adivinar.

Una compañía de cazadores pasaba en este momento. Mandábala un teniente de veinte y tres ó veinte y cuatro años. Sus facciones, sin ser de las mas regulares, tenian un no sé qué de noble é interesante. La palidez de su rostro y su paso no del todo firme, daban indicio de que acababa de salir de una larga enfermedad, cuyo carácter determinaba claramente su brazo izquierdo, envuelto en un pañuelo y sostenido por una venda. Estaba tan distraido, que no reparaba en ninguno de los objetos que le rodeaban. Mil saludos le fueron dirijidos desde el jentío y á ninguno contestó. Por fin, al pasar delante del coche, hirió su oido una voz infantil que le llamaba. Alzó la vista y divisó al niño, que, depuesta su marcial ferocidad, y dejando caer la trompeta, con los ojos llenos de lágrimas, alargaba sus manos ácia él, encargándole que volviese pronto. La madre le saludaba con el abanico, enternecida al parecer: Isabel le miró con una amarga sonrisa, y abrió los labios como para decir algo, pero el jóven de los bigotes perfilados llamó su atencion, hablándole en voz baja, y, segun pudo juzgarse por su fisonomia, dirijiéndole alguna queja. El rostro pálido del oficial se cubrió de fuego de repente, como con una erupcion volcánica. Quiso hablar, pero la voz no salió de sus labios; y arrastrado en el movimiento jeneral de la columna, como la hoja de un árbol en medio de la corriente de un rio, una muralla de bayonetas y morriones le encubrió á breve rato el misterioso curruaje.

El niño lloraba, diciendo que ya no tenia quien le enseñase el ejercicio, y le hiciese sables con papel plateado. La madre dijo que rezaria por la feliz vuelta del interesante, aunque atolondrado mu-

(1) En las montañas de Navarra llaman *bordas* á las chozas en que se recoje el ganado.

chaco. Los dos jóvenes se hablaban en voz baja. El filisteo se lisonjeó de que con la salida de esta columna podria venir carbon á Pamplona, y bajaria de este modo su precio, que á la sazon era exorbitante.

Un cuarto de hora despues, una nube de polvo, que á lo lejos se desprendia del camino como niebla, era lo único que se veia de la columna.

II.

El sol se escondia detras de un enorme peñasco de la sierra de Aralar.

En un valle encajonado por dos altas montañas se divisaba un numeroso cuerpo de jente armada con artillería y muchos bagajes, descansando con órden mientras una nube de tiradores se adelantaban á esplorar un bosque que se hallaba en la falda de uno de los dos montes. Retumbaban en tanto algunos tiros, y entre los árboles ya cubiertos de sombra, brillaban los fogonazos como exhalaciones fosfóricas.

Media hora despues cesó el fuego, y la columna se puso en movimiento. Un grupo considederable de jente armada se apareció al mismo tiempo en la cresta de la montaña, recortándose, como un monton de puntos negros, sobre el reflejo moribundo del sol; y despues de haber hecho una descarga á las tropas de la reina, que salian del bosque, se hundió del lado opuesto.

Entre tanto una compañía de cazadores, que desde el principio habia sido destacada para flanquear la posicion que se suponia ocupada por los rebeldes, seguia el fondo de un barranco bastante retirado del punto á que debia concurrir. Las cornetas de la columna repetian sin cesar el toque de llamada y retirada, y varios ordenanzas recorrian el monte en todos sentidos en busca de esta compañía, que hundida entre mil peñones, como en una tumba, no podia oir las señales, ni descubrir á los que buscaban sus huellas, y que engañada por la luz dudosa del crepúsculo, se iba alejando cada vez mas de la verdadera direccion.

El oficial que la mandaba se hallaba ya tan exhausto de fuerzas, que tenia que apoyarse en uno de sus soldados para subir la fatigosa cuesta que se hallaba á su frente. Al ver la palidez de su rostro, la lánguida y casi moribunda espresion de su fisonomía, fácil era reconocer al teniente Eduardo M. . . . , que ya hemos visto á su salida de Pamplona tres dias antes.

La noche cerraba por momentos, y con ella crecia el ansia del pobre jóven, que se hallaba completamente desorientado. En vano hizo tocar varias veces su corneta: el eco solo le contestó con su voz prolongada y de mal agüero. Finalmente, llegado á una pequeña plataforma rodeada de encinas, mandó hacer alto á su jente con el fin de recobrar un poco de aliento, porque ya ni fuerzas le quedaban para tenerse en pie, y al mismo tiempo envió descubridores en distintas direcciones, para reconocer el terreno y ver si encontraban camino ó senda que los condujese á algun punto habitado en que adquirir noticias.

Media hora hacia ya que descansaban, y habian vuelto casi todos los descubridores con nuevas poco consoladoras, cuando sonó á corta distancia en el monte un tiro, al cual siguieron otros tres ó cuatro. Eduardo hizo tomar las armas á su jente; y como si la idea del peligro hubiese disipado sus males y derramado en su pecho nueva vida, mandando á sus soldados que permanecieran en silencio, se adelantó solo ácia el paraje en que se habia oido la señal de alarma. Pocos pasos habia andado, cuando sonaron bastantes tiros á su espalda, y oyó muy cerca el relincho y los pasos de un caballo y una voz que decia:—No tireis, amigos, que soy del 5. ° lijeros, y vengo en busca vuestra."

—¡Bendita mil veces la Providencia! esclamó Eduardo al oir esta voz que le pareció venida del Cielo: y ansioso de ver cuanto antes al que llegaba tan á punto para sacarle de las asperezas en que se habia estraviado, quiso avivar el paso; pero sus piernas mal seguras se enredaron en una rama, y cayó sobre las piedras con tal violencia, que perdió el sentido.

Cuando le hubo recobrado, sintió empapado y en estremo dolorido su brazo izquierdo; y mirando á la luz de la luna, que ya brillaba con todo su esplendor en el horizonte, vió que la humedad era de sangre: su herida se habia vuelto á abrir al golpe que dió en una peña. No podia saber cuanto tiempo habia durado su desmayo; pero el curso de la luna, que apénas asomaba en la cresta del monte cuando él dió su caida, y que á la sazon se hallaba á cierta altura, le indicaba que habia durado bastante tiempo. Un silencio profundo reinaba en derredor de él. Levantóse penosamente, y parándose á cada paso para respirar, y apoyándose en los árboles, llegó por fin á la plataforma, en que habia descansado con su tropa; pero estaba desierta. Llamó por sus nombres á varios de sus soldados y sarjentos: nadie le respondió. . . .

Imposible seria dar una idea del abatimiento

en que cayó el pobre jóven al verse solo, estropeado, en medio de la montaña, en una de las situaciones mas horribles que puede concebir la imajinacion humana. No obstante, empezó á andar ácia donde se le figuró que se habrian retirado sus soldados; pero al cabo de media hora, desesperanzado de encontrar sus huellas, y ya enteramente falto de aliento, se dejó caer como muerto sobre un peñasco.

La naturaleza estaba tranquila, el Cielo despejado, la luna con todo su esplendor. Cuanto le rodeaba era jigantesco. A sus piés se despeñaba un torrente, escupiendo hasta donde él estaba una espuma densa y lijera como niebla: el fragor del agua que azotaba los peñascos era lo único que daba alguna vida, algun movimiento á aquel paisaje. Del otro lado del torrente se veia un pequeño monte despejado de árboles, y cubierto de esa yerba resbaladiza como hielo, que suele hallarse en las altas montañas de Navarra. Detras de este monte, un enorme peñon alzando sobre todos los cerros vecinos su frente quebrantada y renegrida, como el jigante de la montaña. A la derecha formaba ésta un ancho boquete, por el cual se descubria un valle, que aparecia vaporoso como una inmensa laguna, y en la cual buscaba en vano la vista un objeto en que detenerse.

Al principio cayó Eduardo abrumado, como si se hubiese desplomado sobre él un monte entero. Nada veia, nada oia, todo era sombras, silencio, caos. . . . La fatiga de sus miembros, la opresion de su pecho y el horror de su situacion, formaban en él un conjunto en estremo penoso, pero vago é indeterminado: padecia cruelmente, y no sabia de qué. Pero al cabo de un rato, el frio de la noche, la humedad que del torrente se exhalaba y el agudísimo dolor de su brazo, le sacaron del letargo, y le llamaron de nuevo á la vida.

Entonces pensó seriamente en la situacion horrible en que se hallaba; solo, sin fuerzas para dar un paso, perdido en medio de las montañas que en todo tiempo fueron la guarida de rebeldes y facinerosos. . . . Y por un movimiento natural volvió interiormente la vista ácia el tiempo pasado, ácia la semana última. ¡Qué diferente situacion! —Veiase en una sala adornada con elegancia, blandamente reclinado en un comodísimo sillon, clavados los ojos en una jóven que él contemplaba como á una aparicion celestial, y escuchando las melancólicas modulaciones del *último pensamiento* de Weber, con el recojimiento con que nuestros mayores debieron oir la palabra de Dios, tremenda al par que melodiosa, en medio del estallido del trueno y el retemblar del firmamento. ¡Ah! ¡cuántas veces al escuchar este wals, aun cuando ninguna nube empañaba el bello horizonte de su porvenir, se hincharon de lágrimas los ojos de Eduardo, y sintió en su pecho una opresion vaga, dolorosa, de aquellas que no se pueden esplicar, porque todo en ellas es misterio, y que no es posible concebir á no haberlas esperimentado personalmente!!. . . .

¡Prodijioso poder el del músico!!!

El pintor observa los objetos que contiene la naturaleza; los combina en grupos mas ò menos complicados; varía á veces sus formas y sus colores, dándoles las de otros objetos, pero siempre copia: sus creaciones, incomprensibles para los hombres vulgares, no son sino la pintura fiel de un tipo que existe ó ha existido; una imitacion de cosas que han visto sus ojos, ó que su imajinacion le representa con todos sus colores.

El poeta es un pintor. Al dibujante pertenecen el esterior, las formas materiales, las propiedades visibles de los objetos, las impresiones que en nuestro físico estampan las pasiones, el prestijio de la lúz y del colorido. El poeta se apodera del interior, penetra los misterios, lee en el alma, pinta lo invisible, da formas á lo que no las tiene, presenta al hombre desnudo de la corteza esterior y aprecia justamente sus acciones, no por los resultados, sino por la intencion que presidió en ellas; en una palabra, analiza y pinta las causas cuyos efectos materiales copia el pintor. Para esto observa continuamente el corazon humano, se observa á sí mismo: esta es la ocupacion que llena su existencia. Estudia y copia.

El músico ¿de dónde saca sus inspiraciones? Este sí que es un misterio impenetrable para los infinitos á quienes no ha concedido el Cielo el inestimable don de la música. El pintor ve cuadros hechos en la naturaleza: el poeta los halla igualmente en ella y en el corazon humano: el músico oye en los aires esas celestiales melodías, que traslada luego á una forma perceptible á nuestros sentidos y que tan profunda impresion hacen en ellos, obrando de un modo misterioso é invisible, como una esencia májica que se filtra insensiblemente en nuestras venas. Así sucede que cuando nos sorprende la música en una situacion moral algo exaltada, su impresion es sumamente duradera y tal vez eterna. ¿Quién hay, por ejemplo, dotado de un alma sensible, de una imajinacion algo ardiente, que al oir cierta aria ó cierta contradanza,

no recuerde con emocion el dia en que por la última vez la oyó cantar, ó bailó con aquel sér que es una necesidad de nuestra existencia, y que nuestra imajinacion se complace en rodear de cuantas perfecciones es susceptible la naturaleza humana? La música en ciertos casos es un libro de historia. Una aria, un wals abren á una imajinacion juvenil mil pájinas en que lee épocas enteras.

El *último pensamiento* de Weber (*) fué siempre el trozo predilecto de Eduardo, porque su alma naturalmente melancólica hallaba en él un lenguaje enteramente simpático y que heria profundamente su sensibilidad.

III.

Herido en un brazo Eduardo en un encuentro con los rebeldes, le alojaron en Pamplona en casa de doña Mencía de R***, viuda de un rico propietario, señora en estremo bondadosa, que vivia con su hija Isabel y con el niño que ya conocen nuestros lectores. Dos meses y medio permaneció Eduardo en esta casa; y el esmerado trato y las demostraciones de cariño que le prodigaron la señora y sus hijos, acabaron por identificarle de tal modo con la familia, que amaba á la primera como á una madre, y como á hermanos al niño y á Isabel; si bien, á decir verdad, ésta última ocupaba en su corazon un lugar algo distinto del que á una hermana está reservado. ¡Y cómo pudiera ser de otro modo?

De los horrores del campo de batalla, de la aspereza de los montes y la miseria de las chozas, se habia visto el pobre jóven trasportado, como por encanto, á una habitacion deliciosa en que todos los objetos halagaban su vista, y cuya atmósfera templada y saludable brindaba al descanso. El duro trato de la jente de guerra, sin piedad ni consideraciones, se habia trocado en una dulzura, en una mansedumbre de que casi habia perdido ya Eduardo la memoria. Las conversaciones soeces de los soldados, empedradas de juramentos, blasfemias y maldiciones, se habian cambiado en dulcísimos coloquios con unos seres, cuyo principal y casi único anhelo parecia ser el de procurar algun alivio á sus dolores. En los momentos mas penosos, cuando las esquirlas de su brazo se rozaban, cuando la fiebre enardecia su sangre y resecaba sus labios, sus amables patronas, sentadas al lado de su lecho, procuraban distraerle con su conversacion, prodigándole cuantos consuelos se hallan al alcance de una mujer en estos casos. ¡Y son tantos!!!. . . . Así es que su voz, y en particular la de la jòven, aun en los momentos en que los dolores ó el delirio no le dejaban entender lo que decian, resonaba en los oidos de Eduardo como una música celestial, presajio de celestiales bienes, que le ligaba á este mundo y le detenia, aun cuando el alma parecia quererse desprender de sus entrañas.

Luego que su herida le permitió levantarse y salir, empezó á acompañar á paseo y á casi todas partes á doña Mencía y á su hija. Las noches las pasaba igualmente en su compañía, ya leyendo en alta voz mientras ellas se dedicaban á sus labores, ya escuchando embelesado junto al piano los trozos de música que con esquisito gusto tocaba Isabel, y bebiendo insensiblemente y con un placer vago é indefinible, el veneno que al fin habia de desterrar para siempre de su existencia la paz y la alegría. Eduardo jamás habia hablado de amor á Isabel, ni él mismo, en verdad, habia tratado aun de analizar las sensaciones que esperimentaba. Hallaba un encanto estraordinario en la compañia de la amable jóven, la cual por su parte no mostraba empeño ninguno en huir de él; pero la inquietud interior que sentia, no tenia aun causa ni objeto aparente. La nube está preñada de electricidad; pero se ignora su existencia, hasta que algun choque la revela, ocasionando su esplosion.

Don Anton R***, el colosal hermano de doña Mencía, acostumbraba á los principios ir á la casa de ésta dos dias por semana, acompañándole algunas veces el jóven que vimos en el coche en las primeras pájinas de esta historia, que era sobrino de su mujer. Pero de repente empezaron á menudear las visitas de estos dos personajes, y en especial las del último, que á poco tiempo acabó por pasar los dias enteros en esta casa, en donde comia y aun con frecuencia cenaba. Estas visitas causaban una desazon cruel á Eduardo, que apénas tenia ya ocasion de ver sola á Isabel, á cuyo lado se fijaba don Diego desde que llegaba por la mañana, hasta la hora de retirarse por la noche. Estas contrariedades hicieron por fin reventar la mina, y nuestro jóven conoció, aunque demasiado tarde, que el mal que le roia las entrañas no era otra cosa que zelos, hijos del amor frenético que le consumia.

Resuelto, pues, á declarar abiertamente su pa-

(*) Se asegura que este wals es de Reissiger y no de Weber; pero lo indudable es que el último gustaba en estremo de él, y que lo escribió una noche pocas horas antes de morir. ¡No parece si no que ya veia à los seres de este mundo como sombras, y abierto à sus pies el insondable abismo de la eternidad!!!

sion, una noche, despues que se hubieron retirado don Anton y su sobrino político, se acercó Eduardo á Isabel, pálido y trémulo como el reo á quien van á leer su sentencia de muerte, y despues de algunos preámbulos, dijo que deseaba hablarla en secreto algunos instantes. Ella le contestó, sonriéndose (y al mismo tiempo se puso encendida como la grana), que lo haria con tanto mayor gusto, cuanto tambien tenia ella que confiarle alguna cosa, como á un buen amigo, de cuya discrecion y honradez estaba segura.

Para un amante, una palabra, una mirada dicen tanto como el discurso mas prolijo, sobre todo si puede interpretarlas favorablemente. Considérese, pues, el efecto que producirian en el ardiente jóven las que acabamos de oir. Inundáronse sus ojos en lágrimas de alegria; y asiendo tiernamente una de las manos de Isabel, la conjuró que no dilatase un instante mas en confiarle su secreto.

Ella entonces, bajando los ojos y entreteniéndose maquinalmente en arrugar con una mano la punta de su delantal, le dijo que, sabiendo lo mucho que él se interesaba en su suerte, creia deber participarle una gran novedad.... el enlace que dentro de dos semanas debia verificarse entre ella y su primo político don Diego de N...., jóven de bellas prendas y que la amaba entrañablemente.

Un rayo no hubiera obrado con mas violencia sobre Eduardo. Sus ojos húmedos de lágrimas se secaron de repente, clavándose en el suelo con la espresion de un hombre que medita algun plan siniestro: su frente se plegó en mil arrugas, y brotó sangre de su labio inferior, que él mismo se mordió maquinalmente; sus dedos se comprimieron convulsivamente, arrancando un pedazo de cortina que tenia en la mano.

Isabel, alarmada de tan repentina mudanza, le preguntó qué tenia; pero él sin contestar se retiró á su aposento, cerrando estrepitosamente la puerta.

A la mañana siguiente le vieron salir de casa muy temprano, y no volvió hasta la noche. Sus facciones desencajadas revelaban los tormentos que ajitaban su espíritu.

Seis dias despues, sus patronas le veian salir de Pamplona con una columna.

(Continuará.)

UTILIDADES DE LA COBARDIA.

Este sí que es un artículo enteramente orijinal, nuevo y peregrino, cuyo asunto no me podrán decir que está manoseado, traido y llevado, apurado y repetido. Es pública voz y cosa notoria que *de cobardes no hay nada escrito;* pues bien, mañana ya no se podrá decir otro tanto, porque hoy mismo voy yo á acabar con el refran escribiendo *de cobardes*, ó por mejor decir, de cobarde en singular, pues para no meterme con nadie, que es cosa contraria á mi jenio enteramente, hablaré de mí solo en este artículo.

Es, pues el caso, que en mas de veinte años que hace que empecé á tener uso de razon, no he podido alcanzar que haya alguna para que por fuerza y sin mas ni mas todos los hombres debamos ser valientes. Era yo muchacho y ya me admiraba de la aficion que los de mi edad tenian á mover pendencias y darse de bofetones solo por adquirirse fama de valientes. Yo seguí desde luego la contraria; y cuando á alguno de mis camaradas, de éstos que podemos llamar agresores de profesion, se le antojaba apoderarse arbitrariamente de mis juguetes, de mis libros, de mi dinero, &c., yo me apresuraba á ponerlos en sus manos, antes que él pusiera sus manos en mis narices, produciéndome alguna evacuacion de sangre, que por saludable que fuese, no hubiera sido de mi gusto, porque nunca he tenido el mayor apego al celebrado sistema de Broussais. Pues como digo de mi cuento, á medida que fuí entrando en edad, fuí tambien consolidando y arraigando en mi alma este amor á la dulce paz, que es en lo que yo creo que ha de encontrarse la felicidad verdadera, y que es lo que mas se conforma con la sana filosofia y aun con las máximas sublimes de nuestra santa relijion. Y no vengan á machacarme los guapetones y espadachines con las leyes del honor, pues yo les contestaré con aquella antigua definicion de

> Honor es un avechucho
> de complexion delicada,
> que no nos sirve de nada
> pero nos priva de mucho.

Por mas que quieran apurar el caso, todo lo que puede suponerse es que, por ejemplo, llega uno y me insulta; pues bien, yo me callo prudentemente: me desafia, no admito: me pega una bofetada, lo sufro con resignacion, porque por ella no me han de llevar al campo santo, como me llevarian sin duda alguna, si haciendo yo resistencia, viniéramos á las armas.... ¡Armas.... qué nombre tan horroroso! Armas son unos instrumentos ó máquinas inventados para privar al hombre de su exis-

tencia; esto es, como quien no dice nada, para quitarle á uno de en medio, y deshacer en un punto lo que tanto trabajo costó á nuestros padres, que pasaron indecibles fatigas para vernos ya hombres hechos y derechos, criados y talluditos. ¿Es posible que nos desvelemos para discurrir modos de aumentar y dar fomento á la poblacion, y no hemos de adoptar uno tan fácil como es el de no matarnos los unos á los otros? Me dirán, bien lo veo, que siguiendo estas ideas, no se podria contrarestar la fuerza con que los malévolos atacarian la propiedad é introducirian el desórden; y que una nacion de cobardes seria acometida, vencida y sojuzgada por el primero á quien se antojase apoderarse de ella. Y pregunto, ¿qué les sucedio á los romanos siendo una nacion de valientes? Que se descolgaron del norte unas cuantas manadas de bárbaros; medio en cueros, y con menos pericia militar, y menos recursos que la arrogante y poderosa señora del universo, y la deshicieron como quien dice á garrotazos. ¡Pero qué garrotazos le dieron á la pobre Roma! Como que todavia está llena de cardenales. Desengañémonos, la conveniencia y utilidad de un sistema se prueban cuando por él se resuelven todos los problemas, y es jeneral su aplicacion; y he aquí lo que sucede en mi sistema de cobardia. Yo me atrevo á probar evidentemente, que si todos los hombres que respiran y habitan en nuestro planeta fueran como yo, es decir, heróicamente cobardes, habria una paz tan universal, que la del tiempo de Octavio seria en su comparacion niña de teta. Y es el cuento, que un hombre por valiente que sea, puede encontrar otro mas que él que le haga daño; pero establecido mi sistema, no habria este ni otros infinitos riesgos. Y como sea mas fácil que el hacer el dejar de hacer, seria tambien mucho mas sencillo acostumbrar á los hombres á que no se pegasen, que el adiestrarles en el uso de las armas. Yo por lo menos, ya que no logre imbuir á los demas estas ideas, tengo hecho propósito verdadero, constante y firme de no reñir nunca con persona alguna; de no admitir desafios, porque me basta que estén prohibidos por las leyes que todos debemos observar, y de no incomodarme cuando alguno tuviese la ocurrencia de abofetearme, porque eso va en jenios, y ademas de que yo soy jeneroso y prudente, todos estamos en obligacion de sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos.

El Estudiante.

Para que se veá que no todos los lectores son enemigos de la *España Pintoresca*, ni de su *confeccionador* actual, insertamos el siguiente artículo, y el que en él se nos recomienda, intitulado *Paseo de santa Cecilia;* con las modificaciones que en el primero nos hemos tomado la libertad de hacer, para no herir susceptibilidades, y para que nuestra modestia nos permita dar las gracias á su autor sin sonrojarnos, por el obsequio, que le agradecemos con tanta mas complacencia, cuanto es grande el orgullo con que le admitimos, á despecho quizás de nuestros *venerables* émulos, y en abono de nuestra imparcialidad y buena fe, que no les envidiamos.

Los hechos y las costumbres que establecieron en estos paises los conquistadores y pobladores españoles, pertenecen á la nacion española tanto como á estas diversas secciones del continente americano; y no parecerán estrañas del entretenido y ameno periódico que ustedes dirijen las producciones que recuerdan las costumbres que, establecidas por el conquistador y mezcladas con las de los conquistados, produjeron otras que no pertenecen esclusivamente ni á los unos ni á los otros, sino que tienen un carácter peculiar, tan variado como las provincias que fueran, y que aun son, otras españolas en esta parte del mundo.

Persuadido de esto, me ha parecido que ustedes no desdeñarian para su apreciable *España Pintoresca* un artículo de costumbres coloniales que se ha publicado en una república vecina, y que describe el paseo de *santa Cecilia,* ó de la conquista, ó sea la fiesta con que anualmente se celebraba la de aquel pais, como sucedia aquí el dia de san Hipólito. Este artículo nos proporcionará sin duda otros del señor Icaro Vgnotafisc, no solo con respecto al aniversario de 13 de agosto en Méjico, sino sobre otras leyes, usos, costumbres y fiestas populares, que consignan de una manera agradable el modo de vivir de los mejicanos y españoles, ya en la vida pública, ya en la doméstica, desde 1521 hasta 1821.

Hasta estos usos y costumbres, si bien muchos ignorados de una juventud que ya creció bajo la independencia, están mejor conocidos de los que han visto el cambio gradual de cuarenta años á la fecha, que consignados con exactitud y propiedad en los anales mejicanos. A fuerza de desfigurarse por la tradicion llegarán á perderse;

muy raras veces los vencedores han sido jenerosos, se espidió un decreto privándole de sus condecoraciones y títulos, y aun se le acriminó con la nota infame de *traidor á la patria*. Esto, segun nuestra conciencia, nos ha parecido injusto; porque, si no al ex-rejente, debia respetarse y honrarse al jeneral que dió la paz á España despues de cerca de siete años de una guerra civil que devastó sus campos, que arruinó muchos de sus pueblos, y que la privó de tantos y tan queridos hijos. Grande fué, no hay duda, la ingratitud con que pagó Espartero los beneficios que le prodigó Cristina, y que Dios no hubiera dejado sin castigo; pero el que los hombres le han impuesto es mayor ciertamente que su culpa.

Huérfano el pais; ansioso el pueblo de su rejeneracion política; con un gobierno provisional cuyo poder se debilitaba por instantes; cuando reinaba la discordia en varias provincias del reino, y cuando los centralistas, mas furiosos que nunca, amenazaban envolver al pais en nuevas disensiones y disturbios, ¿qué medio quedaba á la nacion para salvarse? ¿Cuál menos arriesgado que declarar mayor de edad á su reina?

Ninguno negará de buena fe que este era el partido mas prudente, mas seguro, á que debia apelarse; por lo que parece increible que despues que los altos cuerpos colejisladores, correspondiendo á la voluntad de la nacion entera, declararon unánimes la mayoria de Isabel II, haya todavia quien desapruebe la adopcion de una medida que la necesidad reclamaba imperiosamente, y que si en circunstancias menos aflictivas y apremiantes hubiera sido un atentado contra la ley, no lo es ni puede serlo en la crisis que como la que sobre España gravitaba sea de todo punto urjente infrinjir, no solo una, sino mil veces la constitucion para salvar á un pais de la ruina que de cerca le amagaba. ¿Quién se atreverá á decir que las constituciones son mas inmutables ó eternas que las demas obras de los hombres? Pues si todas caducan con el trascurso del tiempo; si la que hoy rije en España no es la misma que rijió á esta nacion en otras épocas; si por sagrada que sea puede alterarse y aun abolirse por otra ley creada á consecuencia del voto directo ó indirecto del pueblo, espresado por sus representantes, ¿por qué se ha de desaprobar que se haya dispensado un artículo de la constitucion; creer que ésta se ha infrinjido; que se ha dado un brusco ataque á las leyes, ni que esa infraccion será un pretesto del que se valdrán mas adelante los serviles para exijir que se hagan nuevas alteraciones que producirán nuevos males al pais, y le conducirán al despotismo? No; ni porque la nacion española, cuyo costoso aprendizaje en los gobiernos representativos, y los desengaños amargos que han destruido sus doradas ilusiones, haya tenido necesidad de volver los ojos de improviso, y como para salvarse del naufrajio, á la augusta niña, débil, sí; sin fuerzas si se quiere para sostener el pesado cetro, se ha de creer que peligra la libertad del pais; ni que la constitucion será menos respetada por el gobierno. Isabel II representa una institucion, un principio: la monarquia constitucional, sin cuya influencia y apoyo no puede prosperar la nacion ni menos consolidar un sistema de gobierno que conduzca á puerto de salvamento la nave del Estado; que destruya de un golpe al esclusivismo repugnante y odioso, y que de todos solamente forme un partido: el nacional, que llamando á contribucion, como dijo el ex-ministro Lopez, todas las teorías, todas las ideas y todos los principios, los haga servir á la causa del desarrollo y del progreso en el gobierno y felicidad de la patria.

Preciso ha sido, pues, valerse de esa *ficcion política* que anticipó la mayoría de Isabel II; haciendo que la constitucion cediese en esta parte, no á las necesidades del momento, sino á la gravedad imperiosa de las circunstancias; y mas preciso aún cuando no era fácil hallar una persona que pudiera encargarse de la rejencia, vacante por el triunfo de las armas; cuando el gobierno provisional no hubiera podido librar al pais de la anarquía sin apelar á ese medio, y cuando una nueva revolucion próxima á estallar amenazaba á la libertad y hasta á el trono.

Si es innegable que puede un pueblo, porque así convenga á sus intereses, cambiar de constitucion, ¿por qué se ha de declamar contra una medida adoptada legalmente por las córtes, y que la nacion ha sancionado, recibiéndola con alegria, y acojiéndose para salvarse de la ruina bajo la ejida protectora de su jóven reina, cuyo nombre solo es bastante poderoso para reprimir la ambicion desmesurada de los que á su interes particular sacrificaban el bienestar de sus conciudadanos, la prosperidad y hasta el decoro de la patria?

Ya por lo pronto, y esto es muy lisonjero para nosotros y para todos los que de corazon la amamos, comenzó para Isabel II una era de felicidad y de grandeza. De felicidad, porque la augusta niña dejó de ser tratada en palacio como sierva que obedecia temblando las órdenes de sus opre-

sores, y porque acatada y servida con solicitud y agrado, ya no ve contrariados sus mas inocentes deseos: de grandeza, porque desde entonces se presenta en público, no como una cautiva triste y desconsolada, casi sin escolta y sin boato, sino con todo el brillo y la ostentacion con que debe presentarse en sus dominios la augusta heredera de la corona de España.

Tonterías, insulseces, estravagancias y fatuidades de Pacorro y de Vgnotafisc, porque Vgnotafisc y Pacorro son más tontos, más insulsos, más estravagantes, más fátuos y más necios, de lo que se figuran sus benévolos adversarios.

¡Tam, tam, tam; tam, tam, tam; tam, tam, tam! —¿A qué tocas, gran demonio?— ¿A qué?. . . . Reúnanse todos, ármense todos, prepárense todos,. . . . que se acerca el enemigo.. . *Tam, tam, tam; tam, tam, tam; tam, tam, tam!*—¡Pacorro de Satanas!—¿Están todos?....—¿Has perdido el juicio?—Peor que eso, señor; todavía peor. . . . *¡Tam, tam, tam!*. . . . —¡Por vida de. . . . —¡Qué ya está ahí!. . . . ¡Señor, señor!. . .¡Otro,y otro, y otro!. . . ¡Ah! ¿Adónde me escondo?. . . . ¡Que llaman á la puerta!.. . No, pues me meto.. . aquí. . . . allí. . . . aunque sea debajo de la cama.

—¿Quién?—Jente de paz.—Servidor de usted. —Beso á usted la mano.—¿Es usted el director de la *España pintoresca?*—Y su *confeccionador*, para servir á usted.—¿Vengo. . . . —¿A que borre á usted?—Al contrario: á que me suscriba.—Y á mí por tres meses.—Y á mí por seis.—Y á mí por todo el tiempo que dure.—¡Gracias, señores, gracias! —¿Don. . . —Fulano....—Zutano....—Mengano... —Esperencejo.—Adios, señores.—(Pacorro saliendo de debajo de la cama):—¡Bah!. . . . Yo creí. . . . —¿Ya lo ves, *animal?*—¡Y tan *animal,* señor!. . . . ¿Qué quiere usted?.. . El miedo. . . . Creí que eran nuestros *antípodas*. . . ¡Cuatro suscritores mas!. . . —(*saltando de alegria.*) Vamos: toca á *aleluya.*— ¡Pues no! y con todas mis fuerzas.—¡Tam tam; tim tim; tam tam: tim tim; tam tam; tim tim!—¿Así?... —Mas vivo.—¡Tarantan, tirintin; tarantan, tirintin; tarantan, tirintin, tim tim, tim tim, tim tim!.., —Bueno.—Dios bendiga, ayude, proteja, y defienda de todo mal á nuestros suscritores.—Así sea.

OCTAVA.

¿Quiénes son los mas grandes?—Los mas chicos.
¿Quiénes son los mas sabios?—Los mas *ocos,* (*)
¿Y los de mas razon?—Los mas borricos.
¿Y los mas presumidos?—Los mas locos.
¿Y los mas altaneros?—Los mas micos.
¿Y los prudentes?—Esos son muy pocos.
¿Existe algo perfecto?—Sí; el dinero.
¿Y el que esto niegue ¿qué es?—Un majadero.

—Pacorro, ¿qué dicen mis adversarios compasivos?—Que es usted un fatuo.— ¡Oiga!—Y un presumido.—¡Bravo!—Y un insolente.—¡Lindo!— ¿Qué se yo cuantas cosas?. . . . ¡Ah!. . . . Y que es usted un poetastro.—¡De veras, hombre! ¡Ja, ja, ja! ¡Qué risa me dá!. . . . ¿Y tú que dices?—Que cuando lo afirman ellos verdad será. Pero es usted un poetastro, así, patas arriba: *oɹʇsɐʇǝod*. Y digo que si eso no es envidia, como no lo es, tampoco es caridad. ¿Y por qué no dice usted que mas servicio ha hecho á sus semejantes en publicar sus *rimas místicas,* que ellos con todas sus contumelias y adefesios?—¿Yo? ¡Dios me libre!—Pues, sí señor; dígalo usted,

Que estamos en un tiempo
tan miserable,
que si uno no se alaba
no hay quien le alabe.
Alábate *borona,*
que si tu no te alabas,
no hay quien te coma.

—¡Dios salve á la *España Pintoresca* y á sus confeccionadores!—Esto es plajio.—Eso es una mala imitacion de otra imitacion mal hecha.—¿Y crees que no nos salvaremos notros y la *España?*—Nosotros. . . . no lo sé, pecadores que somos: la *España* sí; y la salvarán nuestros amigos, aunque no sea mas que porque nuestros enemigos no tengan el incomparable gusto de que se la lleve el diablo.

—Pues con tal que la salvemos,
lo demas importa poco.
—¿Y conseguirlo podremos
si los que la hacen el coco
se oponen, y. . . . —Lo veremos.

—¿Señor?

—¿Qué hay, Pacorro?

—¿Qué quiere decir el *dia último* 16 *de setiembre* que se lée en uno de los párrafos añadidos á la biografia del señor conde de Toreno?

—Que los cajistas de la imprenta me han de volver loco. ¡Pero bien topo eres cuando no conoces que debe decir el *dia* 16 *de setiembre último!*

(*) ¡Aquí los críticos!

ADVERTENCIA.

ESTE periódico se publica todos los sábados en cuadernos de 24 pájinas cada uno, con dos láminas litografiadas cuando sean pequeñas, y una, cuando grande.

Precios de suscricion.—En Méjico, diez reales al mes, pagados en el acto de recibir las entregas, á $2\frac{1}{2}$ reales cada una; y 3 pesos $4\frac{1}{2}$ por el trimestre, adelantados.—En los departamentos á razon de 12 reales al mes, tambien adelantados, francos de porte.—El de cada cuaderno vendido suelto, 3 reales.—Don Francisco Gavito, director y redactor actual de la ESPAÑA PINTORESCA, suplica á los señores encargados de recojer suscriciones en dichos departamentos, que se entiendan con él en cuanto al referido periódico concierna.

SUSCRICIONES.

Se reciben en Méjico en los parajes siguientes:—En la redaccion de la Hesperia, calle segunda de la Monterilla, número 12, y en la alacena de don Antonio de la Torre, esquina de los portales de Mercaderes y Agustinos.

En Veracruz	don José Ignacio Esteva.
En Tampico......................	don Salvador Darqui.
En san Luis......................	don Vicente del Busto è Isasi.
En Guanajuato	don Elijio J. Dufóo.
En Morelia	don Manuel Valdovinos.
En Guadalajara..................	don José Palomar.
En Zacatecas....................	don Domingo Carral.
En Querétaro	don Josè Marìa Carrillo.
En Oajaca	don José Antonio Alverdi.
En Jalapa........................	don Josè Antonio Agrazar.
En Puebla	don Manuel Miranda y Septiem.
En Tabasco	señores Lobach y compañía.
En Mazatlan.....................	señores Machado Yeoward y compañía.
En Fresnillo	don Bernardo del Corral y Viesca.
En Aguascalientes..............	don Miguel Belaunzaràn.
En Leon..........................	don Manuel María de Lizardi.
En Lagos........................	don Manuel Calvillo.
En Toluca	don Agustin Cruz.
En Tepic	don Domingo Danglada.
En Sonora	don Joaquin Loustaunau (residente en *Hermosillo*).
En Orizava	don Felix Mendarte.
En Córdoba......................	don Antonio Ceballos.
En Cuernavaca	don Teodoro Cajigal.
En Durango......................	don Miguel Murúa.
En Chihuahua	don Tomas Zusa.